

VII

Albina y Sergio entraron en el jardín. Ella le miraba con inquieto interés, temiendo que se cansara; pero él la tranquilizó con ligera sonrisa. Sentíase fuerte para llevarla a donde ella quisiera ir. Cuando se halló en plena luz del sol, lanzó un suspiro de alegría. Vivía por fin; no era ya aquella planta sumisa a las agonías del invierno. ¡Qué tierno agradecimiento! Habría querido evitar a los piecitos de Albina la aspereza de las avenidas; soñaba con llevarla al cuello, como al niño a quien su madre duerme. Como celoso guardián, ya la protegía, apartaba las piedras y las zarzas, y velaba para que el viento no robase a sus adorables cabellos las caricias que a él tan sólo pertenecían. Albina se había acurrucado en sus hombros, se abandonaba, llena de serenidad.

Así fué como Albina y Sergio anduvieron a la claridad del día por la primera vez. La pareja dejaba en pos de sí un grato perfume; producía un estremecimiento al sendero, mientras que el astro rey desarrollaba una alfombra de oro bajo sus pasos. Avanzaba, semejante a un embeleso, entre los grandes y floridos matorrales, tan deseable, que las alamedas separadas a lo lejos, le llamaban y le saludaban con murmurio de admiración, como las multitudes saludan a los reyes por largo tiempo esperados. Formaban tan sólo un sér soberanamente bello. El terso cutis de Albina no era sino

la blancura de la morena piel de Sergio. Paseaban lentamente, vestidos de sol; eran el sol mismo. Las flores, inclinándose, les adoraban.

En el jardín, prodújose entonces una gran emoción. El antiguo jardín les servía de escolta. Vasto campo abandonado, desarrollándose un siglo hacía, rincón del paraíso en donde el viento sembraba las flores más raras. La paz dichosa del Paradou, durmiendo en pleno sol, impedía la degeneración de las especies. Había siempre allí una temperatura uniforme, una tierra que cada planta había por tanto tiempo abonado, para vivir en el silencio de su fortaleza. La vegetación era enorme, soberbia, poderosamente inculta, llena de azares que ostentaban florecencias monstruosas, desconocidas a las azadas y a las regaderas de los jardineros. Abandonada a sí misma, libre de crecer sin mancilla, en el fondo de aquella soledad protegida por abrigos naturales, la naturaleza se entregaba más y más cada primavera, revestía deportes formidables y se recreaba en ofrecer todas las estaciones extraños ramilletes, que mano alguna había de coger. Parecía como si emplease cierto furor en trastornar lo que el esfuerzo del hombre había producido; rebelábase y lanzaba millares y millares de flores en medio de las alamedas, acometía los guijarros y conchas de las grutas con la ola que ascendía de los musgos, anudando los cuellos de las estatuas de mármol, que derribaba con auxilio de las flexibles cuerdas de sus plantas trepadoras; partía las losas de las fuentes, de las escaleras, de las terrazas, hundiendo en ellas los arbustos; se encaramaba hasta que era dueña de los menores parajes cultivados, amasándolos a su guisa, sembrada allí como bandera de rebelión, algún grano recogido en el camino, una humilde mata de que llegaba a hacer un árbol gigantesco. En otros tiempos, el jardín cultivado por un amo que tenía pasión por las flores, mostraba en acirates, en voladuras bien cuidadas, una maravillosa colección de plantas.

Ahora se encontraban estas mismas, pero perpetuadas, aumentadas en familias tan innumerables, corriendo tal hopeo en los cuatro ángulos del jardín, que éste no era más que un alboroto, una escuela novillera golpeando las paredes, un hogar respetuoso, en que la ébria naturaleza exhalaba hipos de verbena y clavel.

Era Albina la que conducía a Sergio, aunque pareciese que ella se entregaba a él, débil y apoyándose en su hombro. Empezó por llevarle a la gruta. En el fondo de un macizo de chopos y de sauces, ofrecíase un derrumbamiento de conchas y caracoles, medio hundidas en el suelo, bloques de rocas tumbadas en el redondo pilón de una fuente, con chorrillos de agua que corrían a través de las piedras. La gruta desaparecía con el asalto de la hojarasca. En la parte baja, hileras de malva rosa parecían impedir la entrada con una verja de flores encarnadas, amarillas, malva, blancas, cuyos tallos se escondían en ortigas colosales, de bronceado verde, sudando tranquilamente las quemaduras de su veneno. Convertíase después aquello en un arranque prodigioso, que trepaba en algunos saltos; los jazmines, estrellados con sus suaves flores; las glicinas, con hojas de delicado encaje; las espesas hiedras, recortadas como barnizado palastro; las flexibles madresevas, acribilladas con sus briznas de coral pálido; las amorosas clemátidas, alargando sus brazos, empenachadas con airones. Y otras plantas, más delicadas, enlazábanse también con aquéllas, estrechándolas más aún y tejiéndolas con aromática trama. Las capuchinas, de verdosas y desnudas carnes, abrían sus bocas de oro rojo. Las judías de España, recias como delgados bramantes, llevaban de sitio en sitio el incendio de su vivo centelleo. Los volúbilis ensanchaban el recortado corazón de sus hojas, tocando con sus millares de campanillas, un silencioso repique de colores exquisitos. Guisantes de olor, semejantes a bandadas de mariposas posadas, reflejaban sus leo-

nadas alas, sus alas de rosa, prontas a dejarse llevar más lejos, al primer soplo de viento. Cabellera inmensa de verdura, sembrada con lluvia de flores, cuyos mechones desbordaban por todos lados, huía con desmelenamiento loco, haciendo pensar en alguna gigantesca doncella, desfallecida allá lejos sobre la espalda, y echando atrás la cabeza en un espasmo de pasión, en una cascada de opulentos cabellos, ostentados como una charca de perfumes.

—Nunca me he atrevido a entrar en esa obscuridad—dijo Albina al oído de Sergio.

El le dió ánimo y la condujo por encima de las ortigas; y como un peñaseco cerrase el umbral de la gruta, la sostuvo por un instanté en pie, en sus brazos, para que pudiese inclinarse sobre el agujero abierto a algunos pies del suelo.

—Hay—murmuró la joven,—una mujer de mármol tumbada a lo largo en el agua corriente. El agua le ha desgastado la cara.

Entonces él á su vez quiso mirar. Apoyado en los puños, pudo levantarse. Una bocanada fresca le llegó hasta las mejillas. En mitad de los juncos y de las lentejas acuáticas, en el rayo de luz que se deslizaba del agujero, la mujer se hallaba echada de espaldas, desnuda hasta la cintura, con un ropaje que le cubría los muslos. Era alguna ahogada de hacía cien años, el lento suicidio de un mármol que las penas habían debido dejar caer en el fondo de aquel manantial. La límpida corriente que se deslizaba sobre ella, había hecho de su cara una piedra lisa, una blancura sin rostro, mientras que ambos sus senos, como levantados por fuera del agua por un esfuerzo de la nuca, permanecían intactos, vivientes aún, henchidos por antigua voluptuosidad.

—No está muerta—dijo Sergio volviendo a bajar.—Será preciso que un día se la venga a sacar de ahí.

Pero Albina, que sentía un escalofrío, lo apartó de allí. Volvieron al sol, en el descaro de las pla-

tabandas y de las canastillas. Andaban a través de un prado de flores, a su capricho, sin camino trazado. Sus pies tenían por alfombra encantadoras plantas, plantas enanas que antaño bordeaban las alamedas, y ogaño extendidas en prado, sin fin. A veces desaparecían hasta las tobillos en la mosqueada seda, en las rosadas silenias, en el apenachado raso de los claveles mimosos, en el aterciopelado azul de los miosotis, acribillados de ojuelos melancólicos. Más allá atravesaron resedas gigantes que les llegaban a las rodillas como baño de aromas; cruzaban por un campo de lirios del valle, para no destruir un inmediato campo de violetas, tan suaves, que temblaban al tener que pisar el menor ramo de ellas; después, impelidos por todos lados, no teniendo ya sino violetas a su alrededor, veíanse constreñidos a irse a paso lento por aquella embalsamada frescura, en medio del aliento mismo de la primavera. Más allá de las violetas, la verde lana de las lobelias se desarrollaba, con cierta rudeza, salpicada de color malva claro; las tornasoladas estrellas de las solagenoidas, las azules copas de las memófilas, las amarillas cruces de las saponarias, las cruces rojas y blancas de la pareja, un regio lujo de matices, para que se adelantara sin fatiga en la alegría de su primera excursión. Y eran siempre las violetas las que se ofrecían a la continua, un mar de violetas que acudían de todas partes, derramando a sus plantas los delicados perfumes, acompañándoles con el aliento de sus flores escondidas bajo las hojas.

Albina y Sergio se perdían. Millares de plantas, de más elevados tallos, construían setos, disponían estrechos senderos, que se complacían en reconocer. Las veredas se hundían con bruscos recodos, se embrollaban y enredaban cabos de enmarañados sotos: los ageratos de penachitos azul celeste; las aspérulas, de delicado olor de almizcle; múmulos, exhibiendo gargantas cobrizas puntuadas con cinabrio; flojes escarlatas, flojes violetas, soberbios,

irguiendo copos de flores que el viento hilaba; linos rojos de hebras delgadas como cabellos; crisantemos semejantes a lunas llenas, lunas de oro, asestando cortos rayos descoloridos, blancuzcos, violáceos, rosáceos. La pareja pasaba por encima de los obstáculos y proseguía su marcha feliz, entre ambos setos de verdura. A la derecha subían las fraginelas ligeras, los centrantos deshaciéndose en inmaculada nieve, los cenicientos cinoglosos, llevando una gota de rocío en cada uno de los minúsculos capullos de sus flores. A la izquierda veíase una larga calle de guileñas, todas las variedades de la guileña o pajarilla, las blancas, las rosa pálido, las violetas oscuras, casi negras, de enlutada tristeza, dejando pendientes de un ramillete de altos tallos, sus pétalos plegados y estampados como un crespón. Y más allá, a medida que avanzaban, los setos cambiaban, alineaban sus floridos troncos, de pies de alondra enormes, perdidos en el rizado de las hojas, dejando pasar las abiertas fauces de los antininos leonados, levantando el delgado follaje de los esquizantos, henchidos de un mariposeo de flores con alas de azufre, tachonadas de tierna laca. Las campanulas corrían, lanzando a todo vuelo sus azules campanillas, hasta la cima de los grandes asfodelos, cuyo fuste de oro les servía de campanario. En un rincón, un hinojo gigante asemejábase a una dama vestida de finísimo guipur dejando caer su sombrilla de raso verde de agua. Después, de repente, la pareja se encontraba en el fondo de un callejón sin salida; no les era dado adelantar, un montón de flores cerraba el sendero, un surgimiento tal de plantas, que ponía allí como una piedra de molino con penacho triunfal. En la parte baja los acantos construían escarlatas, rodantes, cuyos secos pétalos tenían resquebrajaduras de papel pintado, clarquias de grandes cruces blancas, trabajadas, semejantes a las cruces de orden bárbaro. Más arriba, se abrían las rosadas viscarias, las leptosifonias amarillas, las colinsias blancas, los laguros

plantando entre los colores vivos sus penachos de verde ceniciento. Más arriba aún, digitales encarnadas, altramuces azules, se elevaban en delgadas columnitas y suspendían una rotunda bizantina, pintarrajeada de púrpura y de azul; en tanto que en todo lo alto una colosal higuera infernal, de sanguinosas hojas, parecía ampliar una cúpula de bruñido cobre.

Y como Sergio extendiese ya las manos, queriendo pasar, Albina le rogó que no hiciese daño a las flores.

—Troncharías las ramas y aplastarías las flores —le dijo.—Desde los muchos años que hace que vivo aquí, buen cuidado he tenido de no causar daño a nadie... Ven y te enseñaré los pensamientos.

Y le obligó a volver atrás, llevándole fuera de los estrechos senderos, al centro del jardín, en donde en otro tiempo había grandes fuentes. Los pilones llenos hasta arriba, no eran ya sino enormes jardineras, con bordes de mármol descantillados y rotos. En una de las más espaciosas el viento había sembrado una maravillosa canasta de pensamientos. Las aterciopeladas flores parecían vivas, con sus bandas de violáceos cabellos, sus ojos amarillos, sus bocas más pálidas y sus delicadas barbas color de carne.

—Cuando era más niña, me causaban miedo—murmuró Albina. Míralas. ¿No se las tomaría por millares de caritas que están mirando a flor de tierra? Y vuelven sus rostros, todas a la vez. Diríase que son muñecas enterradas, que sacan la cabeza.

Le arrastró de nuevo, para dar la vuelta a las demás fuentes. En el pilón más próximo, habían surgido amarantos, erizando crestas monstruosas que Albina no era osada a tocar, figurándose las gigantescas orugas sangrientas. Las balsaminas, amarillo de paja, flor de melocotón, gris de lino, blanco tirando a rosa, llenaban otro tazón, en que los resortes de sus granos estallaban con ligeros rui-

dos secos. Después, en medio de los restos de una fuente, veíase una colección de espléndidos claveles: los claveles blancos se desbordaban del musgoso receptáculo, claveles empenachados plantaban en las grietas de las piedras la mezcolanza de sus encajes de muselina recortada; mientras que en el fondo de las fatuces del león que en otros tiempos arrojaba el agua, florecía una gran mata de claveles, en tan vigorosas haces, que el viejo león mutilado parecía ahora escupir salpicaduras de sangre. Y, al lado, la pieza de agua principal, antiguo lago en que habían nadado los cisnes, se había convertido en un bosque de lilas, a cuya sombra, las cuarentenas, las verbenas, los dondiegos de un día, protegían sus delicados matices, medio dormidas, humedecidas de aromas.

—¡Y no hemos recorrido ni la mitad del jardín! —dijo Albina con orgullo.—Allá abajo están las grandes flores, los campos en que desaparezco por completo, como perdiz en un campo de trigo.

Allí se fueron. Bajaron una ancha escalinata, cuyos jarrones volcados, parecían arder aun con las altas llamas violetas de los lirios. A lo largo de los escalones corría como un arroyo de alielis, semejante a una sábana de oro líquido. Unos cardos, a ambos lados, plantaban candelabros de bronce verde delgados, erizados, encorvados como picos de aves fantásticas, de extraño arte, de elegancia de pebetero chino. Unos sedos, entre balaustres destrozados, dejaban colgar rubias trenzas, cabelleras verdosas de río manchadas de moho. Luego, aún más abajo, se extendía un segundo jardín, cortado con gigantescos bojés como encinas, antiguos bojés correctos, recortados en otro tiempo en forma de bolas, de pirámides, de torres octogonales, y hoy en magnífico desorden, con grandes harapos de verdura sombría, cuyos agujeros dejaban ver pedazos de cielo azul.

Y Albina llevó a Sergio, a la derecha, a un campo que era como el cementerio. Las escabiosas mos-

traban allí su luto. Cortejos de adormideras andaban en fila, hediendo a muerte y abrigando sus toscas flores con brillo febril. Trágicas anémonas formaban muchedumbres desoladas, magullada la tez, terrosas por algún hálito epidémico. Rechonchas daturas extendían sus cuernecillos violáceos, en donde los insectos, hastiados de la vida, iban a beber la ponzoña del suicidio. Caléndulas, bajo sus follajes obstruidos, enterraban sus flores, cuerpos de estrellas moribundas, exhalando ya la peste de su descomposición. Y había todavía allí otras tristezas: los carnosos renúnculos, color de metal oxidado; los jacintos y las tuberosas, exhalando la asfixia, moríanse en su mismo perfume. Pero sobre todo las cinerarias dominaban, todo un desarrollo de cinerarias que paseaban el medio luto de sus ropajes de los colores violeta y blanco, ropajes de terciopelo rayado, de terciopelo liso, de rica severidad. En mitad del melancólico campo, un amorcillo de mármol permanecía en pie, mutilado, con el brazo que sostenía el arco caído en las ortigas, sonriendo aun bajo los líquenes, a quienes hacía tiritar su desnudez de niño.

Luego Albina y Sergio entraron hasta la cintura en un campo de peonías. Las blancas flores estallaban, con lluvia de largos pétalos, que les refrescaban las manos, semejantes a anchas gotas de lluvia tempestuosa. Las flores coloradas ofrecían rostros apopléticos, cuya enorme risa les inquietaba. Llegaron, a la izquierda, hasta un campo de fúcsias, un soto de flexibles arbustos, sueltos, que les entusiasmaron como juguetes del Japón, provistos de un millón de campanillas. Acto seguido atravesaron campos de verónicas con racimos color de violeta, de geráneos y de pelargonios, sobre los cuales parecían correr llamaradas ardientes, el rojo, el rosa, el blanco incandescente de un brasero, reanimado sin cesar por las menores brisas. Tuvieron que descorrer cortinajes de glaiolos, tan grandes como cañaverales, erigiendo tallos sin hojas, cu-

biertos de flores, que ardían en la claridad, con riquezas de llama de antorchas encendidas. Extraviáronse en medio de un bosque de tornasoles, un arbolado compuesto de troncos tan gruesos como la cintura de Albina, obscurecido por hojas toscas, tan anchas como para poder acostar un niño, poblada de gigantescos rostros, de rostros de astro, resplandecientes como otros tantos soles. Y llegaron por último a otro bosque, a un bosque de rododendros, con tal profusión de flores, que ni las ramas ni las hojas se veían, ostentando sus monstruosos ramilletes, banastadas de tiernos cálices que se ensortijaban hasta el horizonte.

—Anda, aún no hemos llegado al fin—exclamó Albina.—Andemos, andemos sin parar.

Pero Sergio se detuvo. Hallábase entonces en el centro de una columnata derruida. Fustes de columnas formaban bancos, entre las gavillas de primavera y de pervincas. A lo lejos, entre las columnas que habían quedado en pie, extendíanse otros campos de flores; campos de tulipanes con vivos penachos de fayenza pintada, campos de calceolarias, puntuadas de sangre y oro; de zifias senias, con pétalos suaves como batista de mujer, que deja ver el rosado cutis; más campos aún, hasta lo infinito, de los que ya no se conocían las flores, cuyas alfombras se ostentaban al sol, con el confuso abigarramiento de las espesuras violentas, anegadas en los tiernos verdores de las hierbas.

—Nunca podremos verlo todo—dijo Sergio—con la mano extendida y sonriendo.—Aquí es donde debe de resultar agradable el sentarse, con los aromas que ascienden.

Junto a ellos había un campo de heliotropos, con perfume de vainilla, tan dulce que transmitía al ambiente una aterciopelada caricia. Entonces se sentaron sobre una de las columnas tumbadas, en medio de un ramillete de soberbios lirios que habían brotado allí. Hacía más de una hora que andaban: de las rosas habían llegado a los lirios, a

través de toda clase de flores. Los lirios les ofrecían un refugio de candor, tras de su paseo de amantes, en medio de la ardiente solicitud de las suaves madreselvas, de las almizcladas violetas, de las verbenas que exhalaban el fresco aroma de un beso de las tuberosas respirando el espasmo de una mortífera voluptuosidad. Los lirios, de esbeltos tallos, llevábanlos a un pabellón blanco, bajo el nevado techo de sus cálices, regocijados tan sólo con las sutiles gotas de los pistilos. Y así permanecían, a modo de niños prometidos, soberanamente púdicos, como en el centro de una torre de pureza, de una torre de marfil inatacable, en donde no se amaban aún sino con todo el encanto de su inocencia.

Hasta la tarde, Albina y Sergio permanecieron entre los lirios. Hallábanse allí bien; acababan de nacer. Sergio perdía la postrera fiebre de sus manos. Albina volvíase del todo blanca, de un blanco de leche que ninguna rojez teñía de rosa. No vieron ya que tenían los brazos desnudos, el cuello desnudo, desnudos los hombros. Sus cabelleras no les perturbaban ya como exhibidas desnudeces. Unidos el uno al otro, se reían con franca y sonora risa, y sentían frescura al estrecharse. Sus ojos mantenían la límpida quietud del agua de nacimiento, sin que nada de impuro subiese de su carne para empañar el cristal. Eran sus mejillas atoreciopelados frutos, maduros apenas, en los que no pensaban morder. Cuando se alejaron de los lirios, aún no tenían diez años; parecían que acababan de encontrarse, solos en el fondo del gran jardín, para vivir allí en una amistad y en un juego eternos. Y, cuando de nuevo atravesaban el jardín, regresando a la hora del crepúsculo, no parecía sino que las flores se hacían más discretas, felices al verles tan jóvenes, no queriendo desmoralizar a aquellos niños. Los bosques de peonías, las canastillas de claveles, las alfombras de miosotis, las tapicerías de clemátidas, no agrandaban ya de-

lante de ellos una alcoba de amor, sumergidos como se hallaban en aquella hora en el ambiente de la noche, adormecidos en una infancia tan pura como la suya. Los pensamientos les contemplaban como amigos, con sus caritas de ingenuidad. Los resedás, languidecientes, rozados por la blanca saya de Albina, parecían llenos de compasión, evitando acelerar su fiebre con un soplo.

VIII

Al día siguiente, desde el amanecer, fué Sergio quien llamó a Albina. Dormía ésta en una habitación del piso superior, a donde, ni por soñación, se le ocurrió subir. Inclínose en la ventana y la vió que empujaba las persianas al echarse del lecho. Y ambos se rieron mucho al volverse a encontrar así.

—Hoy no saldrás—dijo Albina cuando hubo bajado.—Hay que descansar... Mañana quiero llevarte lejos, muy lejos, a una parte, en donde nos encontraremos muy a nuestro sabor.

—Pero vamos a aburrirnos—gruñó Sergio.

—¡Oh, no, no! Voy a contarte cuentos.

Y pasaron un día delicioso. Las ventanas estaban abiertas de par en par. El Paradou entraba, riendo con ellos, en la habitación.

Sergio tomó por fin posesión de aquella dichosa estancia, en donde se figuraba haber nacido. Quería verlo todo, que se le explicara todo. Los amorcillos de yeso, tumbándose unos a otros en extremo de la alcoba, le regocijaron hasta tal punto, que se subió en una silla para atar el cinturón de Albina al cuello del más pequeño, un chiquitín, con las nalgas al aire y la cabeza abajo, que hacía diabluras. Albina batía palmas y gritaba que se parecía a un saltón sujeto por un hilo. Luego, como compadecida:

—No, no, desátalo... Así no puede volar.

Pero lo que más vivamente llamó la atención de Sergio, fué los Amorcillos pintados sobre las puertas. Se enfadaba por no poder descifrar los juegos a que se entregaban, tan descoloridas se hallaban las pinturas. Con ayuda de Albina, arrastró una mesa, sobre la cual se encaramaron ambos. Albina daba explicaciones.

—Mira, estos de aquí echan flores. Bajo las flores no se ven sino tres piernas desnudas. Creo recordar que, al llegar aquí, pude distinguir todavía una dama tendida; pero desde entonces ha desaparecido.

Dieron vuelta a los pintados tableros, sin que nada de impuro les asaltase de aquellas indecencias de retrete de dama. Las pinturas que se desconchaban como un rostro acicalado del siglo décimo octavo, se hallaban lo bastante muertas para no dejar ver más que las rodillas y los codos de los cueros desfallecidos en una lujuria amable. Los detalles demasiado crudos, en los cuales parecía haberse deleitado el antiguo amor, y cuyo lejano perfume conservaba la alcoba, habían desaparecido, comidos por el aire libre; tanto y tan bien que la habitación, así como el parque, habían llegado de nuevo a verse vírgenes, bajo la sosegada aurora del sol.

—¡Bah! Son esos pilluelos que se divierten—dijo Sergio, bajando de la mesa.—¿Sabes acaso jugar a la gallina ciega?

Albina sabía jugar a todos los juegos; sólo que para jugar a la gallina ciega hay que ser tres cuando menos. Esto les hizo reír. Pero Sergio dijo que había bastante con dos, y juraron no ser nunca más que dos.

—Está uno enteramente en su casa, nada se oye—repuso el joven que se extendió sobre el canapé.—Y los muebles despiden un olor a viejo que resulta agradable... Se está aquí con tanto sosiego como en un nido. Esta es una habitación en donde se respira felicidad.

La joven movía seriamente la cabeza.

—Si hubiese sido medrosa—dijo bajito,—habría tenido mucho miedo en los primeros tiempos... Precisamente esta historia es la que te quiero contar. La he oído en la comarca; tal vez es una ficción, pero en fin, esto nos entretendrá.

—Hace años y años... El Paradou pertenecía a un rico señor que vino a encerrarse aquí con una mujer hermosísima. Las puertas de la quinta estaban tan bien cerradas, las paredes del jardín tenían tanta elevación, que nadie distinguía ni tanto así de las faldas de la dama.

—Sé—interrumpió Sergio,—que no ha vuelto a parecer por aquí.

Como Albina le mirase llena de sorpresa enfadada porque su historia fuese conocida, Sergio prosiguió a media voz, admirado él también.

—Tu historia ya me la has contado otra vez.

Albina protestó; después pareció pensarlo mejor y se dejó convencer; lo que no fué parte para que dejase de proseguir su relato en los siguientes términos:

—Cuando el señor se ausentó, tenía los cabellos blancos. Mandó tapiar todas las aberturas, para que nadie pudiese estorbar a la dama... La dama había muerto en esta habitación.

—¡En esta habitación!—exclamó Sergio.—Esto no me lo habías dicho... ¿Estás segura de que murió en esta estancia?

Albina se enfurruscó. Ella repetía lo que sabía todo el mundo. El señor había mandado construir el pabellón para alojar en él a aquella desconocida, que parecía una princesa. La gente de la quinta aseguraba que él pasaba allí los días y las noches. Con frecuencia también veíanlo en la avenida, acompañando los diminutos pies de la desconocida al fondo de las más oscuras enramadas. Mas por nada del mundo, alma alguna viviente se había atrevido a acechar a la pareja, que recorría el parque durante semanas enteras.

—Y fué aquí donde murió—repitió Sergio, con el espíritu trastornado.—Tomaste su habitación, te sirves de sus muebles y te acuestas en su cama.

Albina se sonreía.

—Sabes muy bien que no soy medrosa—y después todas estas cosas son ya tan viejas... La habitación te parecía rebosante de felicidad.

Calláronse y miraron por un instante la alcoba, el alto techo y los rincones de sombra gris. Existía como una ternura amorosa en los marchitos colores de los muebles; era aquello como un discreto suspiro del pasado, de resignación tal, que parecíase todavía a un tibio agradecimiento de mujer adorada.

—Sí—murmuró Sergio,—no se puede tener miedo; es sobrado tranquilo.

Y Albina repuso acercándose a él:

—Lo que pocas personas saben es que habían descubierto en el jardín un paraje de completa felicidad, en donde concluían por vivir todas las horas de su vida... Por mi parte, esto lo sé de muy seguro origen... Un lugar de fresca sombra, oculto en el fondo de impenetrables breñas, tan maravillosamente bello, que se olvida allí el mundo entero. La dama ha debido ser enterrada allí.

¿Y está eso en el jardín?—preguntó Sergio con curiosidad.

—¡Ah! No lo sé, no lo sé—dijo la joven como desalentada.—He buscado por todas partes, y en parte alguna he podido dar con esa floresta feliz... No está ni en las rosas, ni en los lirios, ni en la alfombra de las violetas.

—¿Será quizás aquel rincón de flores tristes, en donde me mostraste un niño en pie, con el brazo roto?

—No, no.

—Tal vez se halla en el fondo de la gruta, cerca de aquella agua clara, en donde se ahogó aquella gran mujer de mármol, que ya no tiene rostro...

—No, no.

Albina se quedó un instante pensativa. Después continuó, como si hablase consigo misma:

—Desde los primeros días me puse a rastrear. Si pasé días enteros en el Paradou, si registré los menores rincones de verdura, fué tan sólo para sentarme por espacio de una hora en medio de la floresta. ¡Qué de mañanas he perdido inútilmente; deslizándome por entre las zarzas, para registrar los sitios más recónditos del parque!... ¡Oh! Pronto le habría descubierto, aquel encantado retiro, con su árbol inmenso, que debe de cubrirlo con techo de follaje, con su fina hierba como alfombra de seda, con sus paredes de ramaje verde, que ni los mismos pájaros pueden atravesar!

Y echó uno de sus brazos al cuello de Sergio, alzando la voz y suplicándole:

—Díme: ahora somos dos, buscaremos, encontraremos... Tú que eres fuerte, apartarás las gruesas ramas por delante de mí, para que yo vaya hasta el fondo de las malezas. Cuando me sienta cansada, me llevarás en brazos; me ayudarás a saltar los regatos, y subirás a los árboles, si llegamos a perder la senda... Y ¡qué alegría cuando podamos sentarnos el uno al lado del otro, bajo el techo de follaje, en el centro de la floresta! Hánme contado que un minuto basta para vivir allí toda una vida... ¿Qué te parece, mi buen Sergio? Desde mañana, partiremos y registraremos el parque, matojo por matojo, hasta que hayamos satisfecho nuestro deseo.

Sergio se encongó de hombros sonriendo.

—¿Para qué?—dijo.—¿No se está bien en el parque? Habrá que quedarse con las flores, sin que tengamos que buscar más lejos una felicidad mayor.

—Allí es en donde la muerta está enterrada—masculló Albina, volviendo a su abstracción.—Fué el gozo de haberse sentado allí lo que la mató. El árbol posee una sombra cuyo encanto hace morir... Y yo de buena gana me moriría así también. Nos

acostaríamos en brazos uno del otro; quedaríamos muertos y nadie nos volvería a encontrar.

—No, cállate, me angustias—interrumpió Sergio con inquietud.—Quiero que vivamos al sol, lejos de esta sombra mortal. Tus palabras me turban, como si nos impeliesen a algún infortunio irreparable. Debe de estar prohibido el sentarse bajo un árbol, cuya sombra produce tal escalofrío.

—Sí, está prohibido—dijo gravemente Albina.—Todas las personas de la comarca me han dicho que estaba prohibido.

Reinó un instante de silencio. Sergio se levantó del canapé en que se había quedado tendido. Reíase y aseguraba que los cuentos no le hacían feliz. El sol marchaba a su ocaso, cuando Albina accedió por último a bajar un instante al jardín. Condújole a la izquierda, a lo largo de la tapia de cerca, hasta un campo de escombros, erizado todo de zarzas. Era el antiguo emplazamiento de la quinta, negra aún por el incendio que había echado abajo las paredes. Bajo las zarzas, piedras quemadas se hundían y armazones de madera desplomados se podrían. Habriase tenido aquello por un rincón de peñas estériles, atormentado, giboso, cubierto de ruda hierba, con trepadoras lianas que se introducían por toda hendidura como culebras. Y ambos se regocijaron al atravesar en todas direcciones aquella hondonada, bajando al fondo de los huecos, huroneando los vestigios y procurando adivinar algo de aquel pasado de cenizas. No se confiaban uno a otro su curiosidad y se perseguían en medio de los pavimentos destrozados y de los derribados tabiques; pero, a decir verdad, no pensaban sino en las leyendas de aquellas ruinas, en aquella dama más hermosa que la luz del día, que había arrastrado su ropaje de seda por aquellos peldaños, en donde tan sólo los lagartos podían ahora pasearse perezosamente.

Sergio acabó por fijarse en la cima del montón de escombros, mirando al parque, que desarrolla-

ba sus inmensos espacios de verdura, buscando entre los árboles la mancha gris del pabellón. Albina se callaba, en pie a su lado, volviendo a ponerse seria.

—El pabellón está allí, a la derecha—dijo sin que él le preguntase.—Es cuanto queda de las construcciones... ¿Lo ves bien, al extremo de aquel cubierto de tilos?

Y guardaron nuevo silencio. Y como continuando en voz alta las reflexiones que ambos mentalmente se hacían, la joven repuso:

—Cuando él iba a verla, debía de bajar por esta avenida; luego daría la vuelta por los grandes castaños y penetraría bajo los tilos... Apenas necesitaría un cuarto de hora.

Sergio no desplegó los labios. Cuando emprendieron el regreso, bajaron la avenida, dieron vuelta a los grandes castaños y penetraron bajo los tilos. Era como un camino de amor. Sobre la hierba, parecía que buscaban huellas de pasos, un rizo de cinta caído, un hábito de antiguo perfume, algún indicio que les demostrase con claridad que se encontraban seguramente en el sendero que conducía a la jubilación de hallarse juntos. La noche se acercaba y del parque se exhalaba una gran voz moribunda que les llamaba desde el fondo de las enramadas.

—Espera—dijo Albina cuando estuvieron ante el pabellón.—No irás arriba hasta dentro de tres minutos.

Huyó alegremente y se encerró en la habitación del techo azul. Luego, después de haber dejado que Sergio llamase dos veces a la puerta, la entreabrió discretamente y le recibió con una reverencia a la antigua usanza.

—Buenos días, mi querido señor—le dijo besándole.

Aquello les divirtió en extremo. Jugaron a los enamorados, con puerilidad de galopines. Balbucearon la pasión que en otros tiempos había ago-

nizado allí. Aprendíanla como lección que masculaban por modo adorable, sin saber besarse en los labios, buscándose las mejillas y acabando por bailar el uno ante el otro, riendo a carcajadas, por no saber testimoniar de otro modo el placer que saboreaban al amarse.

IX

A la mañana siguiente, Albina quiso salir, en cuanto apuntó el sol para el gran paseo que estaba disponiendo desde la víspera. Llena de alegría, daba pataditas en el suelo, diciendo que no estarían de regreso en todo el día.

—¿A dónde vas a llevarme?—preguntó Sergio.

—Ya verás, ya verás.

Mas él la cogió por las muñecas y la miró a la cara.

—Hay que tener juicio ¿verdad? No estoy para que vayas en busca de tu floresta, ni de tu árbol, ni de tu hierba, en donde se muere. Ya sabes que esto está prohibido.

La joven se ruborizó ligeramente, protestando y diciendo que ni por soñación pensaba en aquello. Después agregó:

—No obstante, si encontrásemos, sin buscar, por pura casualidad, por ventura ¿no llegarías a sentarte?... Es muy poco lo que me quieres.

Partieron y atravesaron el jardín en derecha, sin detenerse al despertar de las flores, sin disfraz en su baño de rocío. La mañana aparecía con sonrosados matices, con sonrisa de hermoso niño, que abre los ojos en medio de la blancura de su almohada.

—¿A dónde me llevas?—repitió Sergio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 123 MONTERREY, MEXICO